

Por eso mismo, uno de los rasgos que más llama la atención en estas novelas de su primera etapa narrativa –*Un mundo a cuestas* (1963), *La feria* (1968), *Agonizante sol* (1972), *El gramófono* (1974) y el libro de relatos *Palabras muertas sobre el polvo* (1967)– es la presencia constante de elementos costumbristas, especialmente en todo lo relativo a las faenas del campo manchego. Y costumbrismo, igualmente, en las comidas y fiestas populares, entre las que ocupa lugar preferente la feria de la capital; en las detalladas nóminas de los tipos de cultivos y arbustos; en las descripciones de la forma de ser y de vestir de las gentes del pueblo; en la mención de las supersticiones populares –como la del mal de ojo– y, cómo no, en el reflejo del vocabulario característico de la zona.

Sobre la realidad del trabajo en el campo, su dureza, la edad de comienzo en las distintas faenas, los frutos obtenidos y la desigualdad existente entre el mundo de los trabajadores y los amos, resulta muy esclarecedora la forma de pensar de Alfonso, el protagonista de *La espera* (1968), quien, en uno de sus monólogos interiores, afirma lo siguiente:

Desde los diez años (ese mocoso que busca trabajo, con el taleguillo a la espalda, ese crío de quien nos burlamos, ese rapaz que sufre burlas y humillaciones) hasta los veinticinco (ese mozo que tiene las carnes duras, enjutas, que pisó gasones, que trazó miles de surcos y que por las noches, en el camastro, robó, con el pensamiento, mujeres mayores y mujeres pastoras), quince años, quince interminables años. Surcos, pisando surcos bajo el sol que hace “arder” la tierra, y bajo la lluvia que corta la piel, y entre vientos que arrastran hierbajos. En campos enormes. Cuidar la yunta, recoser los aparejos. Tirar semillas, y enterrarlas, y ver, de día a día, cómo crecen las lletas, los verdiclaros tallos. El campo, tu única vida. La cuadra, el olor de las boñigas, pegado a ti, como si se te hubiese metido entre la carne, perforando la piel. Un año, otro. Una cosecha, otra. ¿Ahorrar? ¿Quién tenía duros entonces? El amo, en el Banco y en la caja fuerte de su casa. Los amigos del amo, los ricos de siempre; los que nos daban palmadas en la espalda y luego se iban, después de bien comidos y bebidos⁹.

A pesar de poner de relieve la dureza de la vida de los campesinos y de los fatigosos trabajos del campo, Rodrigo Rubio presenta una visión

⁹ *La espera*, p. 42.